

13 de octubre de 1917¹

Aquí está un resumen de los hechos, que tiene su comienzo el día que sigue los acontecimientos, escrito por un periodista que, de manera ninguna, podría ser acusado de parcialidad en este asunto, ¡y por una buena razón! Nos referimos a Avelino de Almeida, el redactor-jefe del “O Século”, el gran diario “liberal”, masónico y anticlerical de Lisboa. Escribió así:

«Desde lo alto de la carretera donde se aglomeran los carruajes y donde permanecen muchos cientos de personas, que no se atrevieron a meterse en la tierra enlodada, se ve toda la inmensa muchedumbre volviéndose hacia el sol, libre de nubes, en el cenit. El astro parece una bandeja de plata sin brillo y se puede mirar el disco sin ningún inconveniente. No quema, no ciega. Diríase que está habiendo un eclipse. De repente se levanta un tremendo clamor y a los espectadores que estaban más cerca se les oye gritar: “¡Milagro..., milagro! ¡Prodigio..., prodigio!” Ante los ojos deslumbrados de aquellas gentes, cuya actitud nos trasplantaba a los tiempos bíblicos y que, pálidos de asombro, con la cabeza descubierta, contemplaban el azul del cielo, el sol vibró; el sol hizo movimientos bruscos nunca vistos, contra todas las leyes cósmicas; “el sol bailó”, según la típica expresión de los campesinos...²»

Atacado con virulencia por toda la prensa anticlerical, el Sr. Avelino de Almeida ratificaba aquel testimonio quince días después en su revista *Ilustração Portuguesa*. En esta ocasión ilustraba su relato con una docena de fotografías de la muchedumbre extática, y repetía como un estribillo: «Yo lo he visto... Yo lo he visto... Yo lo he visto». Y, de modo imprevisto, concluía: «¿Milagro, como clamaba el pueblo?, ¿fenómeno natural, como dicen los científicos? Eso no me preocupa en este momento, sino sólo decirte lo que he visto... Lo demás es asunto para la Ciencia y para la Iglesia»³.

Para los peregrinos, comenzaba en aquel sábado, 13 de octubre, un camino de penitencia, puesto que había llovido toda la noche anterior «sin que les moviese, les hiciese desistir o les desesperase el brusco cambio del tiempo, cuando el aguacero transformó las polvorientas carreteras en hondos lodazales, y a las delicias del otoño sucedieron por un día los durísimos rigores del invierno»⁴.

«Desde la madrugada» cuenta nuestro periodista, visiblemente impresionado por aquel ánimo tranquilo, «grupos se reconstituyen, individuos intrépidos van pasando, sin detenerse por un momento, y la villa, cuyo silencio es interrumpido por los cánticos rezados por voces femeninas en armonía que contrastan con la rudeza de los hombres... El Sol sube, pero el aspecto del cielo es amenazante. Se están acumulando algunas nubes negras, precisamente del lado de Fátima. Pero nada segura los peregrinos que, por todos los caminos y con todos los medios de locomoción, afluyen en aquella dirección... Se oye unos timbres en una cadena; vemos aquí y allá un carretón decorado con ramos. Sin embargo el ambiente festivo es discreto; los modos son en general graves, la orden perfecta... Alrededor de las diez horas, el cielo está completamente cubierto y empieza a llover a cántaros. El aguacero latigueado por un viento amargo y batiendo contra la cara, inunda los caminos y penetra hasta los huesos los que no tomaron la precaución de traer un paraguas o cualquier otro medio de protección contra el mal tiempo. No obstante nadie se impacienta ni desiste de continuar andando...»

¹ Este capítulo es un resumen de *The Whole Truth About Fatima*, Volumen II, introducción, páginas 5-10 (edición en inglés).

² *O Século* de 15 de octubre de 1917.

³ Artículo del 29 de octubre de 1917.

⁴ *Ilustração Portuguesa*, 29 de octubre de 1917.

El gran número de peregrinos y sus testimonios

¿Cuántos se reunieron en la Cova da Iria?

La estimativa máxima fue del Dr. Almeida Garrett, y fue propuesta meses después del acontecimiento. Calcula que habría más que cien mil espectadores. En “O Século” del 15 de octubre, Avelino de Almeida escribió: «La multitud, según los cálculos imparciales de personas cultas y no influenciadas por fenómeno místico, fue calculada en treinta o cuarenta mil personas». En su artículo del 29 de octubre, corrigió su primera estimativa: «el cálculo del número de creyentes aumentó de mes a mes, a punto de que se unieron en el páramo de Fátima, el 13 de octubre, unas cincuenta mil personas, según los cálculos de individuos desapasionados». Un periódico neutral, el “Primeiro de Janeiro”, también calculó la multitud en cincuenta mil personas. Podemos, así, decir que este número es casi cierto un mínimo; es por eso que la mayoría de los historiadores proponen como probable la presencia de una multitud de setenta mil testigos.

Cuando comparamos los numerosos relatos de testigos, podemos distinguir los diversos aspectos y el resultado del fenómeno espantoso establecido por todos. Para cada uno de ellos, sería posible reunir diez páginas de testimonios, que, por sí sólo, constituirían un libro impresionante.



El Milagro del Sol ilustrado en una vidriera de colores.

Aquí está el primer hecho maravilloso descrito por Dr. Almeida Garrett: «Debía de ser la una y media cuando, en el lugar exacto en que estaban los niños, se levantó una columna de humo, fina, tenue y azulada, que se elevaba derecha hasta, aproximadamente, dos metros por encima de las cabezas, disipándose a esa altura. Este fenómeno, observable a simple vista, duró algunos segundos. Como no registré el tiempo de duración, no puedo afirmar si fue más o menos de un minuto. El humo se disipó repentinamente y, pasado algún tiempo, volvió a repetirse el fenómeno una segunda y una tercera vez...»

La parada repentina de la lluvia

Mientras «el cielo sin brillo y pesado tenía un color parduzco cargado de agua, amenazando un prolongado aguacero», durante el tiempo de la aparición, la lluvia paró del todo. El cielo clareó de repente: «Momentos antes, el sol había penetrado triunfalmente por los espesos nubarrones que lo escondían, y brilló clara e intensamente». (Dr. Almeida Garrett)

Ese repentino cambio de tiempo cogió a todos de sorpresa: «Fue un día de llovizna incesante, pero minutos antes del Milagro paró de llover». (Alfredo da Silva Santos)

La visión del sol sin dañar la retina

«Oí el griterío de miles de voces, y vi a aquella multitud dispersa por el vasto campo que se extendía a mis pies... dándole la espalda al lugar hacia el que hasta aquel momento se dirigían los deseos y anhelos, y mirando al cielo del lado opuesto... Me volví hacia ese imán que atraía todas las miradas y pude verlo semejante a un disco de contorno nítido, luminoso y luciente, pero sin causar desazón... que no era como el sol cuando se ve a través de la neblina (no había en aquel momento), porque no era opaco, difuso ni velado. En Fátima había luz y calor, y se mostraba nítido y con los bordes bien definidos, como una mesa de juego. Lo más maravilloso fue que, durante mucho tiempo, se pudiese observar el astro, llama de luz y brasa de calor, sin lastimar los ojos ni dañar la retina». (Dr. Almeida Garrett)

«Y se asiste entonces a un espectáculo único notó el periodista de “O Século”, en el mismo tono, un espectáculo increíble para quien no lo ha presenciado. Desde lo alto de la carretera... se observa que toda la inmensa multitud se vuelve hacia el sol, que se muestra libre de nubes, en el cenit. El astro parece una bandeja de plata sin brillo y se puede mirarlo sin ningún inconveniente. No quema, no ciega. Diríase que está habiendo un eclipse». (Artículo del 15 de octubre de 1917) «Uno podía mirar hacia el sol como se mira hacia la luna». (Maria do Carmo)

De repente, el cuerpo celeste empezó a temblar, a agitarse con movimientos abruptos, y finalmente a girar sobre sí a una velocidad mareada, al mismo tiempo que lanzaba rayos de luz de todos los colores del arco iris: «El sol giraba en uno y otro sentido como una rueda de fuego y transformaba todo en los colores del arco iris». (María do Carmo) «Era como un globo de nieve girando sobre sí mismo». (Padre Lourenço) «Este disco tenía un movimiento vertiginoso. No era el centelleo de un astro en plena vida. Giraba sobre sí mismo a una velocidad alucinante.» (Dr. Almeida Garrett) «En cierto momento, el sol se detuvo y después empezó a bailar, a bailar; paró otra vez y otra vez volvió a bailar». (Tío Marto) Fue por lo tanto, en efecto, una tripla “danza del Sol” que miles de testigos afirman habiendo contemplado durante varios minutos.

«El sol adquirió los colores del arco iris. Todo adquiriría esos mismos colores: nuestros rostros, nuestra ropa, la misma tierra». (María do Carmo) «Una luz, cuyos colores se alteraban velozmente, se reflejaba en la gente y en las cosas» observa el Dr. Pereira Gens.

«De repente se oyó un clamor» relata Almeida Garrett, «como un grito de angustia de toda aquella muchedumbre. Manteniendo la velocidad de su rotación, el sol parecía suelto en el firmamento, y con un color sanguíneo, para precipitarse sobre la tierra, amenazando aplastarnos a todos con su masa abrasadora. Fueron algunos segundos pavorosos». «Vi el sol girando y parecía que estaba bajando. Era como una rueda de bicicleta». (João Carreira) «El Sol comenzó a bailar y, a cierto momento, parecía despegarse del firmamento y avanzar sobre nosotros, como una rueda de fuego». (Alfredo da Silva Santos) «Lo vi claramente bajando. Parecía que se desprendía del cielo, como si fuera a estrellarse contra la Tierra. Y se detuvo por algún tiempo a poca altura de nuestras cabezas. Esa arremetida duró muy poco... Parecía que se encontraba muy cerca de las personas, pero enseguida retrocedía». (María do Carmo) «De aquellos miles de bocas» relata el ingeniero Mário Godinho, «oí aclamaciones de fe y amor a la Santísima Virgen. Y entonces hube de creer. Tenía la convicción de que no había sido víctima de sugestión. Vi aquel sol como nunca más lo volvería a ver».

Todos tuvieron la ropa seca

Un último hecho espantoso: toda aquella gente, que, en su mayoría, estaba empapada hasta los huesos, verificó con alegría y espanto que había secado. Este hecho está testimoniado en el proceso canónico.

La visión del prodigio solar a distancia

Cosa maravillosa, el fenómeno podía ser admirado más allá de Fátima. Hasta algunos testigos perfectamente creíbles, que estaban muy distante de la Cova da Iria, contaron que vieron el espectáculo sin precedentes de la danza del Sol, exactamente como los miles de peregrinos que se unieron alrededor de la encina.



Fotografía de parte de los 70.000 testigos cuando estaban observando el Milagro del Sol en Fátima el 13 de octubre de 1917.

En la pequeña aldea de Alburitel, ubicada a 18 o 19 kilómetros de Fátima, todos consiguieron contemplar la visión del prodigio solar. El testimonio más frecuentemente citado es del Padre Ignácio Lourenço, porque es el más detallado. Pero lo que él relata haber visto, todos los buenos aldeanos, interrogados por los investigadores, también confirman haber visto exactamente de la misma manera.

«En octubre haré un milagro», Nuestra Señora declaró con autoridad el 13 de julio. Y el 13 de octubre, fue por Su gesto eficaz que comenzó la maravillosa “danza del Sol”. «Y, abriendo Sus manos, las hizo reflejarse en el sol. Y, mientras se elevaba, continuaba el reflejo de su propia luz proyectándose en el sol».

Así, fue Ella Quien prometió este milagro magnífico y Quien lo anunció con tres meses de antelación, y con su Su gesto el milagro se cumplió. Era la respuesta de la Reina del Cielo a la súplica instantánea de Su pastorcita: «Quería pedirle que nos dijera quién es Vd., que haga un milagro para que todos crean que Vd. se nos aparece». La respuesta ultrapasó todas las expectativas, y fue de tal grandeza, de tal esplendor, que nadie se había atrevido soñar que era posible.

Los testigos del acontecimiento eran, en efecto, innumerables. Sus testimonios concuerdan y nos dejan un torrente de documentos.

En primer lugar, los numerosos relatos recogidos aparecieron inmediatamente en la prensa portuguesa. Es digno de mencionar que los primeros en proveer sus testimonios fueron los periodistas anticlericales. Los tres artículos de Avelino de Almeida: el primero del 13 de octubre inmediatamente antes del acontecimiento, el segundo del 15 de octubre editado en Vila Nova de Ourém al atardecer el día 13, y el último del 29 de octubre, merecen una mención especial. A pesar del tono burlón y la ironía volteriana que inspiraron en parte el primer artículo, a pesar del tono anticlerical que era previsible y que todavía aparece en el artículo del día 15, estos textos de un periodista de talento quien era también honesto y concienzudo, son documentos históricos de la

mayor importancia⁵. Pero él no fue el único de relatar los hechos, porque otros periodistas estuvieron también presentes en la Cova da Iria.

Más tarde hubo las investigaciones oficiales. En noviembre de 1917, a petición del Obispo Lima Vidal, que estaba en aquel entonces a frente de la diócesis de Lisboa, el Párroco de Fátima hizo una investigación e interrogó varios testigos de la parroquia. ¡Desafortunadamente, sólo transcribió... cuatro testimonios!

Las investigaciones de los historiadores, gracias a Dios, compensaron por las negligencias de los investigadores oficiales. A causa de que el Padre Formigão obtuviese un relato muy detallado del Dr. José María de Almeida Garrett, profesor de la Facultad de Ciencias de Coimbra, y este es el informe más científico en nuestra posesión⁶, todos los historiadores importantes fueron a interrogar los testigos. El Padre Fonseca, tanto como el Padre De Marchi, el Canon Barthas, el Padre Dias Coelho y el Padre Richard quisieron todos verificar los puntos disputados por el incrédulo, el Padre E. Dhanis.

En 1977, para conmemorar el 60º aniversario de la última aparición, todavía fue posible reunir en Fátima más que treinta personas que habían estado presentes al prodigio solar y que podrían contar sus recordaciones.

Gracias a estos testimonios numerosos, es posible reconstruir un comentario secuencial y preciso, que nos permite revivir, hora a hora y minuto a minuto, aquel día decisivo, sin duda uno de los más importantes en la historia del mundo.

⁵ Encontramos la reproducción fotográfica de estos tres artículos en "Fátima 50" del 13 de octubre de 1967, páginas 6-10; 14-15.

⁶ *Novos Documentos de Fátima*, Ed. Loyola, São Paulo, 1984, páginas 60-63.